

Ricardo Castillo

1954

Reflexiones a partir de la desmesurada longitud de los pies

Provengo de una familia
en la cual todos tenemos los pies grandes.
Mis pies miden treinta centímetros
y los de mi hermano el mayor treinta y dos

Toda mi familia mide un kilómetro.

Mi abuelo tenía mirada de vaca.
Es más, de haber sido vaca mi abuelo,
la leche conservaría su antiguo precio.
Así de noble y sencillo era mi abuelo.

En mi familia
todos tomamos las cosas con calma:
«Papá y mamá ya murieron»
«Mis calcetines están rotos»
«Me he tragado una mosca»
«Todo está más caro»
«Ya nos vamos a morir»

Creo que sería bueno ser menos educados
y armar un grandioso escándalo.

Papá Guille

Señor Guillermo, empedernido, asoleado.

Ahora le hierve el alcohol en los ojos
 y la tarde se perfora como una caja de cartón.
 Ahora le viene todo esto del vacío y la espina dorsal clavada hasta
 el temblor
 Ahora le viene la saliva ancha, la potentemente venenosa
 y cae el gargajo sobre el pastel
 y cae sobre el block carta de la razón y el sentimiento.

Señor Guillermo, Cabrón.
 Chendengue Subterráneo,
 Minero del hígado y el corazón,
 Amante de mano negra
 y je je... dolor.

Caminando desgastando el cuerpo, el humor
 en la mísera calle de Obregón, en el cine Park o en las cantinas
 comprendió que no había en el mundo otra vocación
 que la de ser demonio.
 (Mientras el amor y la soledad le galopaban en una circunferencia
 paralela)
 Fue en aquella época en que se ponía desnudo
 y salía a la calle a torear los coches,
 fue en aquella época en la que empezaron a volar banderillazos de
 mierda
 y me cae que eso dolía y daba vida, me cae que dolía más de lo que
 cualquiera pueda imaginar,
 porque su canto era el dolor,
 su canto era el de la verga borracha que daba tumbos y daba vida.

Para ese entonces ya era inquilino del infierno,
 el Impecable Jinete de la Neurosis.

Verónica Volkow

1955

Popocatépetl

Aquí entre las rocas empieza la tragedia,
aquí en el hielo que destila sus úlceras,
en el acantilado que se quiebra,
en la pesadumbre ciega de la piedra.
Aquí tanto ser,
tanto ser de nadie para nadie,
tanta suavidad del musgo entre la yerba
y de la nieve en las pendientes dormidas,
tanta suavidad del viento entre la arena,
del viento entre los cardos y las nubes.
Viento que aquí ocurre como un destino anónimo
—desnudo como el paso
fantasmal del agua—
viento solitario que roma los peñascos,
viento en todas partes,
hasta en los poros de las piedras más chicas:
viento que es el rostro
aparecido del tiempo.

El tedio de Euríloco

«Más allá de la gruta de Caribdis,
más allá de los aullidos de Escila,
hay un punto en que el barco se desploma del océano
y de los que han caído ya ninguno regresa».

Euríloco pensaba sentado en la cubierta
mientras sentía la brisa que hacía ondear las cuerdas
y palpar las velas como ijares;
miraba aquí y allá, distraído y cansado,
los cabellos de Ulises, las manos de un esclavo
y oía desatento el rechinar de la madera
y el rumor de las voces en esa lengua antigua,
que es hoy una música perdida.
Allí estuvo el mar entre los remos,
transparente y elástico,
pero a los ojos de Euríloco sería
casi invisible de monótono
y la jornada larga, muy tediosa,
y nunca pensó que a cada instante
ese mar evanescente y poderoso
se le alejaba inalcanzable
y era imposible ya el regreso.

Fabio Morábito

1955

«In limine»

Por el perdón del mar
nacen todas las playas
sin razón y sin orden,
una cada mil años,
una cada cien mares.

Yo nací en una playa
de África, mis padres
me llevaron al norte,
a una ciudad febril,
hoy vivo en las montañas,

me acostumbré a la altura
y no escribo en mi lengua,
en ciertos días del año
me dan mareos y vértigos,
me vuelve la llanura,

parto hacia el mar que puedo,
llevo libros que no
leo, que nunca abrí,
los pájaros escriben
historias más sutiles.

Mi mar es este mar,
inerte, muy temprano,

cede a la tierra armas,
juguetes, sus manojos
de algas, sus veleidades,

emigra como un cico,
deja todo en barbecho:
la basura marina
que las mujeres aman
como una antigua hermana.

Por él que da la espalda
a todo, estoy de frente
a todo con mis ojos,
por él que pierde filo,
gano origen, terreno,

jadeo mi abecedario
variado y solitario
y encuentro al fin mi lengua
desértica de nómada,
mi suelo verdadero.

Silvia Tomasa Rivera

1955

El sueño de Valquiria*

Abajo la planicie duerme de por vencida.
Una estrella se cae
bajo la refulgente mirada de sus ojos.
El sueño no termina
ante el vuelo fugaz de aquellos pájaros
que vertidos por un viento de luz
resbalan hacia el cerco de alambre
hasta el filo inminente de las púas.

Nunca pensó Valquiria sentir la fiebre
con tal exactitud en la montaña
a esa hora, esa noche que la constelación amenazaba
con desplomarse sobre ella y la llanura.

¿Y si me muero sin volver a verte?
¿A dónde irá el amor que a lo largo del tiempo
se ha quedado encerrado,
predecido de un cúmulo de besos?

Todos los meses arden noche y día
y ella no olvida que para resistir
el claro de la ausencia, en cualquier tierra,
una tiene que amar.
Aguantarse callada infiltrándose al sueño
mientras el sol a rayos devora las espigas.

* Fragmento.

Las mujeres que suben por las altas montañas
a recoger cardones hasta el risco
saben que el tiempo no perdona.

El verano brutal baja desde la cumbre
pero Valquiria solamente recuerda
un pavoroso incendio de ojos negros
y aquella noche en que la luna en plata
se espejeaba
en el vientre cautivo de aquel hombre.

La realidad del sueño de Valquiria
fue una pasión furtiva
que la dejó temblando a mitad de la noche.
Nunca hasta entonces supo
cuál era su destino.

El desconcierto amoroso la arrastró
hasta la nube oscura de su origen.
Pensaba sin querer en aquel extranjero
que alguna vez
anduvo por el campo abriendo brecha
y dejó su nombre escrito
en el vientre crecido de la madre.

Nunca volvió pero nació Valquiria
con unos ojos verdes
que veían más allá del horizonte,
imaginando tal vez que un día vendría su padre
de lejanos países, a caballo,
dominando seguro las colinas.

Pensaba también en las mujeres que lo amaron
y cómo al paso del tiempo
por un designio que su edad no entendía
se vio de pronto sola, en una casa
al pie de la montaña
habitando una región de lumbre.

Tuvo que acostumbrarse a vivir entre lunas
y entre aullidos dolientes del coyote.

Así templó sus nervios sin mirar el pasado,
hasta que un hombre moreno de ojos negros
la estremeció hasta el vértigo.

Todo se revolvía en estruendo de ausencias.
Y ella al igual que su madre, tiempo atrás,
esperaba el regreso del amante
segura que vendría para quedarse en ella
como venía la luna a quedarse en el agua.

